

sin embargo que hacer aquí algunas excepciones entre nuestros incredulos, principalmente hoy. Los unos contenidos por la vergüenza de retractarse á vista de los mismos á quienes sedujeron, rehusan con obstinacion los socorros que una religion siempre misericordiosa y bienhechora, les ofrece todavía en estos últimos momentos, y prontos á comparecer ante el Dios de quien blasfemaron, se empuñan contra su propia conciencia: los otros, continuamente rodeados de los cómplices de sus desórdenes y de sus compañeros de incredulidad, no tienen la libertad que quisieran tener para dejar se acercar el ministro de paz, que conmovido de su suerte, viene á ofrecerles juntamente consuelos y luces: otros por último, despedazados interiormente por el espantoso recuerdo de todo el mal que han hecho, se entregan á todos los horrores de la rabia y de la desesperacion, y mueren como furiosos. Tal ha sido, como lo hemos dicho mas arriba, el fin deplorable de aquel hombre desgraciadamente célebre, de Voltaire, que tanto ha contribuido á depravar nuestras opiniones y nuestras costumbres. Por quanto á las disposiciones secretas de los impíos en su vida, se puede decir de ellos, al ménos de la mayor parte, lo que decia Bayle mismo hablando de su creencia. „No es una fé extinguida; solo es un fuego cubierto bajo la ceniza. Resienten su actividad luego que se consultan, y principalmente á vista de algun peligro. „Entonces se les ve temblar como á los demás hombres. La memoria de haber manifestado mas desprecio del que sentian á las cosas santas; y de haber procurado eximirse interiormente de este yugo, redobla su inquietud.” (*Diccionario Histórico y crítico, art. Desbarreaux*).

CARTA TRIGESIMA SEGUNDA.

LA CONDESA DE VALMONT AL MARQUEZ.

¡Se van! ¡Se llevan á Senneville! Me arrebatan lo que habia mas querido para mí despues de vos, despues de mi marido. Nos dejan á los dos en la admiracion, la sorpresa, las lágrimas, y en una mezcla inconcebible de gozo y de dolor, de contento y de pesar. ¡Qué familia la de Mr. de Veymur? ¡Y sobre todo, qué amigo como Mr. d'Orval! ¡Qué amigo, qué ángel tutelar nos ha dado el cielo! Despedaza nuestro corazon por el lado mas sensible, nos arranca el mayor de todos los sacrificios, y aun así nos obliga á bendecirle.

¡Qué acciones de gracias debemos, padre mio, á vos que habeis preparado estos acontecimientos! ¡Cuáles debemos al cielo, que ha sido el primero en proporcionarnos! ¡Y cuantas le debemos por todo el bien que nos ha hecho!

Sin embargo, Senneville está léjos de nosotros; vos la veréis casi al mismo tiempo que recibais la carta que os escribo. Mas yo no la veré por mucho tiempo. ¡Qué digo? acaso no la veré jamás. Al separarse de nosotros estaba como dividida en mil sentimientos diferentes. Su tierna amistad conmigo combatia con el gusto que experimentaba de ir á establecerse cerca de vos; de seguir á una familia respetable que ha de ser la suya; á un hombre como Mr. d'Orval, que por tantos títulos se hace su padre y su amigo; á un esposo, ó al ménos á un hombre amable que pronto lo será, y por quien su inclinacion se pondrá de acuerdo pronto con su deber. Ah! ¡Cómo se dirigian sus ojos llorosos alternativamente á Madama de Veymur y á mí! ¡Cuán estrechamente me apretaba entre sus brazos! ¡Cómo se confundian sus lágrimas ardientes con las mías! Por fin Mr. d'Orval nos separó; hizo que la ternura cediese á la razon y al deber.

¡Padre mio! ¡Qué fuerza y qué imperio tiene la virtud! ¡Y qué prodigios obra! La de Mr. d'Orval ha triunfado de mi jóven amiga, de mí, de mi marido, y mui pocos instantes han bastado para su triunfo. Dos palabras de vuestra parte nos habian anunciado su llegada [a]. El se presentó con madama y caballero de Veymur [b]. Nosotros solo eramos tres, el Conde, Senneville y yo. Despues de algunos momentos de una conversacion ya mui interesante, pues que se versaba sobre vos, Mr. d'Orval, como participando de la pena que yo manifestaba por vuestra desgracia, me hizo

[a] Esta carta no se halla aquí.

[b] El hermano de Mr. de Veymur, de quien se habló en las cartas undécima y décima séptima.

conocer al punto, que en los acontecimientos mas funestos el cielo lleva sus designios, siempre mas admirables á nuestros ojos, á medida que se dejan mas fácilmente penetrar. La desgracia del señor Marqués, me dijo en seguida, parece que ha sido para él como para vos, Madama, el golpe mas terrible; apesar de ello, el cielo está ya justificado suficientemente por quanto á él, en su retiro ha encontrado el reposo, la felicidad por la que tanto tiempo ha suspiraba. Una familia respetable por mil motivos, añadió tornandose á Madama de Veymur y al caballero, parece que aguardaba su presencia para ver colmada su felicidad. Entre ella y Mr. de Valmont se ha formado la sociedad mas agradable: un vínculo mas estrecho debe unirla mas, y ser la garantía de su duracion; por obtener esta garantía preciosa, hemos venido de tan lejos. El señor vuestro padre la pide con instancia. El Sr. caballero la espera, y tiembla de ser desairado. Si, señorita, dijo al momento el caballero con la emocion mas viva y dirigiéndose á Senneville una mirada inquieta, una palabra de vuestra parte va á asegurar el consuelo del Sr. Marqués, mi felicidad y la de toda mi familia, ó á cambiar en dolor mortal el gozo que nos causa la esperanza mas dulce. La relacion de vuestras virtudes me habia inflamado ya, os veo, y demasiada conozco, que ya no puedo vivir dichoso si no me permitis vivir para vos. Senneville desconcertada se sonrojó, bajó los ojos, me dirigió despues una mirada tierna, que sin dar ninguna esperanza, tampoco explicaba el rigor de una repulsa. Yo estaba como ella en la mayor turbacion. Mi marido demandado, temblando y con una violenta commocion que no pudo disimular, tomó la palabra y dijo con voz entrecortada: Vuestro enlace, señor, es honroso para la Señorita de Senneville. Con él nos honrais; pero la Señorita de Senneville no tiene patrimonio; yo sé que tampoco vos teneis uno que ofrecerle, y no querriais confiarla á una vida sin comodidad, que pudiera en adelan-

te causar su desgracia y la vuestra. Todo está previsto, replicó inmediatamente Mr. d'Orval. Mi fortuna comenzó por la familia de Mr. de Veymur, que ahora se halla bastante rico para él y para sus hijos; los acontecimientos mas favorables le han llevado mas allá de mi esperanza. Mi único fin era cederla en favor de esta familia á quien en su principio la debí; es cumplir sus deseos y los míos, partirla con el señor caballero en las circunstancias felices con que el cielo nos ha rodeado; y que sea para bien suyo, y sirva de dote á la Señorita de Senneville: esta fortuna no es mia. Á estas palabras un transporte de admiracion nos arrebató. Mi marido, mas cortado que nunca, tartamudeó como yo algunas palabras de gratitud. Su semblante se habia gradualmente animado; las lágrimas corrían de sus ojos; aquel era el momento de la lucha entre la virtud y el amor: el ejemplo de Mr. d'Orval, aquel rasgo heroico de caridad, triunfó en su corazon. Si la Señorita de Senneville accede á esto, dijo, y debe acceder á ello, habreis conseguido, señor, que mi esposa y yo, prestando para ello nuestro consentimiento, hagamos el sacrificio mas penoso. Senneville se levantó al punto, y echándose á mis brazos, me dijo rociándome de lágrimas: ¡Oh mi buena amiga! ¿Cuánto me costará separarme de tí! Pero efectivamente, añadió en voz baja, debo hacerlo: ¿He de ser yo ménos generosa? Si señor, dijo despues á Mr. d'Orval con una voz mas alta y mas firme, me creyera yo ingrata para con vos, para con Madama y toda la familia de Mr. de Veymur, para con el mismo Sr. Marqués, que nos procura la ventaja de conoceros, si á tanta grandeza de alma correspondiese con una repulsa; muy bien conozco, que el único medio que me queda de satisfaceros, es consentir en la union que me proponéis. La fuerza con que mi amiga pronunció estas palabras, cuyos ocultos motivos penetraba yo bastantemente, parece que se nos infundió á nosotros. Una dulce confianza y una especie de contentamiento y de alegría se presentaron en medio de no-

sotros. Desde aquel momento, y en los pocos dias que pasamos reunidos, los sentimientos de estimacion y de afecto reciproco crecieron á proporcion que mas nos conociamos. Me parece que aun Senneville, se aficionó por gusto y por convencimiento á quien el cielo le destinaba para esposo. Este digno discípulo Mr. de Veymur, y dichoso fruto de su ternura, de sus virtudes, no temió comunicarnos sus antiguos extravios, su conversion, y lo que debe á su generoso amigo. El sentimiento que dejaba conocer en la noble confesion de sus faltas, nos enternecia tanto como nos afectaban las vivas expresiones de su gratitud. Su edad aunque algo madura para Senneville, no le ha desagradado; ella lo prefiere tratándose de esta eleccion, á aquel, dice, en quien las pasiones hacen sentir toda su violencia y en quien el carácter no está formado todavía.

En cuanto á Madama de Veymur, no puedo explicaros hasta que grado le han grangeado nuestro respeto y nuestro amor, sus maneras dulces, é insinuantes, su caracter de bondad, sus sentimientos nobles y puros, su génio siempre igual, su amable franqueza. Mi buena amiga no hallará dificultad en consolarse de mi perdida con este tesoro mui mas real que acaba de adquirir: en ella tendrá tambien una amiga; tendrá mas, tendrá un guia fiel por cuanto sus conocimientos y experiencia; y con respecto á la edad y á los sentimientos, tendrá la mas tierna y mas respetable de todas las madres.

Mas lo que vá á sorprenderos mui agradablemente, es que entre estos acontecimientos tan inesperados, aún antes de perder á Senneville, he recobrado en Valmont un esposo. En pocos dias y por un cambio que acaso habia acelerado la perdida de toda otra esperanza, su ternura hácia mí se ha reanimado con mas fuerza que nunca; sus ojos ya no se dirigen á Senneville; sus consideraciones, sus cuidados han sido todos para mí. Parece que quiere con su arrepentimiento y con su amor, indempizarme de lo que me habia hecho perder; y su conversion es tan sincera, que muchas veces me cuesta trabajo contener el jubilo que experimento.

Sin embargo, lo que atenúa su embriaguez, mezclándole una especie de amargura, es el temor de lo que va á suceder, es la partida de Senneville. Acabo de poner este depósito tan querido en manos de Madama de Veymur; Mr. d'Orval y el caballero la acompañan; vais á recibirla. Las condiciones de su matrimonio se han fijado á nuestra vista, y es mui justo que á vuestra presencia se celebre esta union que ha de labrar su felicidad. Á vos os la deberá, así como yo os debo la vuelta de mi marido... Pero permitidme que lllore todavía por Senneville. ¡Era tan tierna su amistad hácia mí! ¡Sus sentimientos eran tan puros! ¡Participaba tan perfectamente de los míos! ¡Su alma era tan sencilla y tan linda! ¡Qué compañera he perdido!... Ah! ¡Ojalá pueda quedarme para siempre el corazón de Valmont!

Mas ¿porqué me inquieto? Oh! temo nuevas penas. ¿Seré mui ingeniosa en alarmarme? ¿Son infundados mis temores? El fuego de la juventud, la indiscrecion de la edad, la impetuosidad del carácter, la poca experiencia, los amigos falsos, la carencia de principios y la irreligion, todo me atemoriza en Valmont, y si yo creyera en los presentimientos, creeria que desde el censo de mi actual felicidad estoy tocando la mayor de mis desgracias. El amor mismo que mi marido me manifiesta, toma un carácter de celo que me asusta; y ¿lo creeriais? Lausane es el objeto de él. Á veces le observa con una mirada sombría, un momento despues se sonrie con las sofismas que emplea conmigo: pero su mirada es inquieta, su risa es forzada. Lausane lo advierte, se divierte con ello, y por un refinamiento de maldad juega irritando sus inquietudes y temores. Parece que triunfa y á su turno recobra el ascendiente que mi marido parecia haber adquirido sobre él; redobla sus instancias: en los cuidados que me prodiga pone mas afectacion que nunca. Todo este manejo me desconcierta; y no puedo ni me atrevo á valerme de él para poner fin á visitas que me molestan, y

que temo mucho mas desde que descubro en ellos mas vanidad que pasion. El partido mas corto fuera inducir á Valmont á romper enteramente con él: pero un rompimiento entre ambos fuera un estallido verdadero, y en las actuales circunstancias tal estallido seria peligroso. Las nuevas gracias que el Rey acaba de conceder á Lausane, prueban bastante que goza del mas alto favor, y me obligan á guardarle consideracion. ¿Siempre debería el Conde estimarme bastante para estar celoso? ¿Mas que digo? ¿Puede uno pedir á las pasiones la equidad, el discernimiento y la sangre fria de la razon?

Acabo de pintaros mis placeres, mis penas, mis perplejidades y mis temores: sed siempre mi guia y el de mi marido. Dignaos hablarme de mi joven amiga. Ay! con mucho gusto la hubiera yo acompañado, si mi deber, si mi embarazo ya muy adelantado, aunque no lo parece tanto, no me hubiesen detenido á mi pesar. Sostenedme con vuestras cartas, tranquilizadme, dirigidme con los sabios consejos que ellas contienen. Dignaos tambien escribirme una que pueda yo enseñar á Valmont. Se trata de un objeto importante sobre el cual pareciere que es habia yo consultado. Valmont, así por un efecto de su amor á mí, como por su gusto natural del brillo y de la magnificencia, quiere comprometerme á gastos que serian crecidos, y que yo creo poco necesarios. El lujo que reina en la corte, y que cunde tambien á todos los estados, es verdad que obliga á las señoras de mi rango, á conceder á la exterioridad mas de lo que yo quisiera concederle por gusto y por opinion: pero sea lo que fuere de la moda, cualquiera cosa que exija la condescendencia, hay en mi juicio cierta medida, mas allá de la que, la razon acorde con la religion solo ven vanidad y abuso. Mi marido todavia no conoce que lo hay en este genero: halla siempre, hasta en el bien general, pretextos especiosos para llevar el lujo tan lejos como pueda ir; y para satisfacerlo no pone mas límites que la impotencia. Yo quisiera persuadirle, retro-

traerle, pero no atacarle de frente, ni dejar conocer que quiero reformarle. Vuestras lecciones en esta materia le serán mas útiles que las mias, y en todo tiempo servirán de regla para mí misma.

CARTA TRIGESIMA TERCERA.

EL CONDE DE VALMONT Á SU PADRE.

¿He visto almas verdaderamente bellas... he visto una familia que merece todo mi respeto... un anciano!... Es un hombre, es un dios bajo la forma de un mortal! ¡qué veneracion senti al mirarle! ¡qué afectos inundan sus discursos! ¡de que esfuerzos no seria capaz quien le ve y quien le escuchaba! ¡Ah padre mio! grandes ejemplos han venido en apoyo de vuestras lecciones, y la virtud me ha sido ahora mas querida que nunca.

¿Estais contento de nosotros? la Señorita de Senneville se aleja y sacrifica las dulzuras de la amistad á las leyes de la amistad misma; á su ejemplo, Madama de Valmont sacrifica los vínculos y hechizos de esta, al amor conyugal; y á este amor inuolvo yo, una pasion que era tan viva y que me hacia tan criminal. ¡Cuán pocos dias han sido menester para obrar en mí una revolucion tan extraña! ¡Y qué felices cambios produce la sociedad de los hombres virtuosos en un corazon dispuesto á serlo! Por fin ha caído el velo, y vuelvo á encontrar á Emilia con todos los atractivos de la constancia y de la virtud.

Tal vez un Dios propicio ha cooperado tambien á su triunfo; ¿lo diré? este Dios de verdad á quien imploro, parece que ha dispuesto de mi corazon y le ha vuelto mas dócil. Despues que lei vuestra última carta, penetrado de un respeto mas vincero á la religion cristiana, y juzgándola mas digna de mi razon, á fin de prepararme mejor para estudiarla y conocerla, medité este sacrificio cuya sola idea poco antes me hacia estremecer, y cuya ejecucion me parecia imposible. „Disipemos, me dije á mí

„mismo, disipemos el prestigio de las pasiones que
„me encantan; quitemos todos los obstáculos que
„ellas puedan oponer al conocimiento de la verdad;
„busquémola sin oposicion, sin prevencion; ofres-
„camos á los cuidados de un padre tierno, un es-
„píritu libre y un corazon dueño de sí. Si la re-
„ligion es verdadera, si estoy en el error, tendré
„ménos dificultad en convenir en ello; y si estoy
„fundado en la incredulidad mia, por lo ménos lo-
„graré la ventaja de que su causa no me sea sos-
„pechosa.” En estos momentos llegó Mr. d'Orval;
y su presencia, elevándome sobre mí mismo, me
ha comunicado una fuerza que no sentia.

Proseguid pues, padre mio, en la obra que tan
dichosamente habeis empesado. Permitid solamen-
te, que mi circunspeccion aumente á proporción
que la verdad me sea mas cara, y que se trate de
una determinacion mas formal para mí en objetos
tan importantes. Os prometo no contraponer á
pruebas sólidas, dificultades menudas, dudas mal
fundadas ni sofismas vanas: pero sí os advierto, que
no quiero rendirme mas que á la sola razon; y si las
autoridades mas respetable están de vuestra parte,
no lleveis á mal, que determinado, como estoy, á
no jurar por la palabra de nadie, no ceda á la
autoridad.

CARTA TRIGESIMA CUARTA.

EL MARQUEZ AL CONDE Y Á LA CONDESA DE VAL-
MONT.

Participad, queridos hijos míos de mi alegría, co-
mo yo participé de la vuestra, comuniquémonos
los dulces sentimientos que experimentan nuestras
almas, para hacerlos todavia mas dulces. Vosotros
os amais, sois felices; todo es feliz en torno de mí;
¡y qué habia de faltar á mi dicha! juzgad por la car-
ta de vuestros dos esposos [a], del alborozo de sus

[a] Esta carta no se ve en esta coleccion, como ni
otras muchas.

corazones. Ni por el caracter y modo de pensar,
ni por las gracias del espíritu y las cualidades del
alma, se vió jamás union mejor formada, como
tampoco una que se haya verificado bajo mejores
auspicios. Esta feliz alianza os vuelve la paz y
el amor mútuo; ella constituye aquí el encanto de
toda una familia; ella me hace sentir á mí un con-
tento que me cuesta trabajo comunicar. Ah! no
pensaba que alejado de vosotros, mi corazon fuese
todavía susceptible de impresiones tan vivas y de
enagenamientos tan agradables. Ayer se han uni-
do estos esposos. Mr. de Veymur y toda su fa-
milia se reunieron en mi casa al llegar Madama
de Veymur y la Señorita de Senneville. Esta ama-
ble niña, que me habeis hecho tan querida, y que
me lo hubiera sido sin vosotros, me ha hecho á
vuestro nombre las mas tiernas caricias: su adhesion
á los amigos que acaba de dejar, no contribuye
poco á ligarla con los amigos que encuentra. Mr.
y Madama de Veymur, Mr. d'Orval, su marido, sus
hermanas, cuanto la rodea le interesa, la afecta vi-
vamente; y apesar de esto, en ciertos momentos,
quiere darme señales de preferencia, de que ellos
no se encelan, y con las que seria difícil que de-
jára yo de lisongearme. De acuerdo con su ma-
rido ha electo mi castillo para su morada, y quiere,
dice, participar de mi destierro todo el tiempo que
durare. Ya concebireis, mis amados hijos, cuán
amable se me hace de dia en dia mi retiro. Es
mi Louvre: la amistad, la confianza se adunan
para formarme una especie de imperio; tengo la
dulzura de imperar sobre corazones. Este imperio
no es tal sin embargo, que yo no quiera honrar con el
á Mr. d'Orval. El es el patriarca, es el padre de toda la
familia. Sus sábios consejos van á cimentar en ambos
esposos la duracion del amor, de la inocencia y
de la felicidad.

No me podria negar la dulce satisfaccion de re-
petiros, si no en los mismos términos, al ménos
en la substancia, las tiernas lecciones que les ha da-
do. „Vuestras almas son muy honestas y muy be-

llas, les dijo en el momento que precedió á la celebracion de su matrimonio, para que yo insistiera en la fidelidad que os debeis el uno al otro en el compromiso que vais á contraer. Á mas de que al ministro de nuestros altares, corresponde haceros comprender bien toda la santidad y toda la importancia del nudo sagrado con que os vais á enlazar. Él os dirá hasta que punto de grandeza y de dignidad ha elevado la religion este vínculo, esta convencion, tan respetable ya por solo las leyes de la naturaleza, pero á la cual, una vez introducida la depravacion de las costumbres, solo la religion tiene fuerza para darle respetabilidad [a]. Él os manifestará la sociedad toda entera, descansando tranquilamente sobre la fé de un pacto tan santo, y el olvido de los deberes que ella impone, trayendo consigo todos los males y el olvido de todas las demas obligaciones [b]. Él os manifestará un Dios, defensor de los derechos de la naturaleza y de la religion, igualmente interesado en vengar á una y á otra con castigos terribles, reservados tarde ó temprano para quienes los hubieren violado. Él os desembol verá estas grandes verdades, que felizmente vuestro corazon os habrá dicho de antemano. Pero hay cosas mui interesantes todavía para vuestra felicidad, que él no os dirá tal vez. Las hay tambien que su prudencia ó la dignidad de su ministerio, no le permitirán deciros llanamente, y que mi amistad, mas franca sin ser ménos circunspecta, no me permite pasar en silencio. Mi edad, mi celo, vuestra amistad á mí, elevarán á vuestros ojos pormenores que parecieran minuciosos quizás á otros que no fueseis vosotros.

[a] En los bellos dias de Roma, cuando sin ley ninguna escrita no se conoció el adulterio, las costumbres bastaban para mantener toda la fuerza y la pureza de los santos lazos del matrimonio; mas hoy que las costumbres se han depravado, ¿se hallará fuera de la religion una muger verdaderamente casta, un solo marido verdaderamente fiel?

[b] Véase la nota 4.ª de la carta vigésima octava.

„Para afianzar vuestra recíproca felicidad, debeis ante todo teneros una indulgencia mutua. Dotados ambos de un espíritu justo, de un amor dulce y agradable, de un carácter sensible y tierno, de un corazon excelente, ambos festivos, ambos amables, os convenis el uso al otro, y teneis en vosotros mismos grandes recursos para agradaros igualmente siempre. Apesar de esto, ambos teneis tambien defectos, pues que tal es la condicion humana, que nadie se halla perfectamente exento de ellos. De cualquier modo que os mireis ahora, vendrá dia en que cediendo el hechizo de la ilusion á la reflexion, os veréis tales como sois; y enlazados para vivir juntos, este dia no dilatará. Os veréis pues con defectos é imperfecciones. Prepararse para esto es el medio mas seguro de no extrañarlos, y de no hallar en vuestra union un error que pudiese alterar la dulzura de ella.

„Una vez conocidos vuestros defectos, es menester que los sobreleveis recíprocamente. Esta ley, que es la de toda sociedad, lo es mas de una sociedad indisoluble por su naturaleza, y en la cual es tanto mas necesario saberse aprovechar de su situacion, cuanto es ménos racional y siempre ménos honesto pensar en cambiarla. La persuacion íntima de esta verdad comprobada por la experiencia, de que todos los hombres tienen sus defectos y de que nosotros tenemos los nuestros, es lo que hay mas propio para hacernos indulgentes. Tolerad á los demás para merecer que os toleren, esto es el grito de la equidad, esto es la ley de la naturaleza y la que nos impone el interés de nuestra propia dicha. La razon os lo manda como regla; la prudencia, la religion os lo imponen por deber; la razon, la religion y el amor os formarán de esto un placer. Es menester pues que sobre cada punto el ménos afectado de los dos, y el mas prudente por lo pronto, condescienda en cierto modo con el otro, que aquel no irrite con una resistencia impertinente, con oposicion mui sensible é inoportuna la vivacidad de este; que no em-

prenda contener un torrente impetuoso, pero que se contente con desviar su curso. El lenguaje de la razon es mui débil cuando la pasion se explica, y muchas veces no sirve mas que para inflamarla. Ayudadle con prudentes consideraciones y con mucha suavidad, á que insensiblemente recobre su fuerza, y mui pronto la razon recobrará su imperio; y aquel de vosotros que hubiere sido vencido por un proceder tan noble, no hará mas que vencer á su vez.

„Á esta regla de conducta, añadid otra que hará mas raro el uso de la primera, y que hará tambien ménos necesaria la necesidad de esta. Imponéos como ley el mostraros siempre el uno al otro con demostraciones amables, como si se tratara de complaceros por la primera vez. Mucha violencia haria en verdad vuestra union ménos dulce; pero mucho descuido destruiria la dicha. Una familiaridad mal entendida perjudica á la estimacion; mucha libertad daña al amor. Fácilmente se pierde un corazon de que uno se cree mui seguro; es menester para conservarle, tanto cuidado quanto se tuvo para adquirirlo. Una jóven ya tiernamente querida, sin duda no necesita muchos adornos para ser bella á los ojos de su marido; mas para no dejar de serlo algun dia, necesita cierto cuidado de sí misma, estudiar los gustos de aquel á quien quiere agradar, un cuidado esmerado en componerse con todos los adornos de una bella y noble sencillez y con todos los primores de la decencia [a]. Por su parte un marido que quiere ser amado, debe siempre manifestarse amable. Que nada exija, si es posible, por autoridad; que nada haga por capricho; que persuada lo que desea; que haga nacer disposiciones mas conformes á su voluntad quando se la contrarian; que deje para tiempo mas favorable lo que se le niega con demasiada obstina-

[a] „La deferencia, dice Richardson, la igualdad de humor y la limpieza son tres cadenas de que un corazon amante no se suelta jamás.”

cion; y que tenga consideracion á un sexo débil, pero naturalmente bueno luego que nos halla indulgentes. El respeto, la sumision, el amor son del número de sus principales deberes; pero se pone uno á riesgo de carecer de ello, exigiéndolos como señor. Una esposa es una compañera, una amiga, y no una esclava; y vivir siempre con ella como un amante fiel, es el medio mas seguro de ser siempre feliz esposo.

„Es menester por tanto que él tambien procure á esta compañera querida diversiones y gustos; pero es menester, y esta es la tercera regla, que sepa elegirlos bien. Una vida mui uniforme, un retiro continuo, ocupaciones penosas y poco variadas, podrian producir al fin el cansancio y el tedio en una muger jóven. Quitándola algunas veces de los trabajos y de los cuidados domésticos, se consigue que los halle mas agradables. Hay sin embargo un medio que tomar con relacion á ella, entre una vida demasiado seria y gustos demasiado disipados. Si en medio de la corte, si en el tumulto de las ciudades, la entregais á diversiones de toda especie, á concurrencias relumbrantes y frívolas, á la ilusion de los espectáculos, á los bailes, á los juegos, á las risas y á las fiestas mas rumbosas, mui pronto adquirirá el espíritu de un mundo peligroso y fútil, el amor del lujo y de la molicie, el tono del dia, los aires á la moda, el sentimiento y el fuego de las pasiones; adquirirá el deseo insaciable de ver y de ser vista, el furor de las vanas diversiones, el desprecio de sus deberes, y el despego de su casa y por lo ménos la indiferencia á su marido y á sus hijos.

Quedaréis admirado de una revolucion tan extraña; aun ella se admirará en ciertos momentos, y sin embargo, ligada, arrastrada por sus gustos depravados, ya no se sentirá bastante fuerte para buscar en el cumplimiento de sus primeros deberes, el sentimiento de su primera felicidad. Para satisfacer su curiosidad, para contentarla y contentaros á vos mismo, la habreis paseado de objeto

en objeto, de concurrencia en concurrencia, de placer en placer y habréis dejado que se disipe su ternura y que se corrompan sus costumbres [1]. Presentadle pues diversiones dignas de ella, y que la liguen mas estrechamente á vos en vez de separarla. Proporcionadle concurrencias dignas igualmente de ambos, donde se quiera veros juntos, donde ella no esté contenta mejor que con vos mismo, de las que se desprenda sin disgusto, á las que vuelva sin empeño, que no las prefiera sobre su propia casa. Conducios de modo que su familia sea para ella el espectáculo mas interesante, que su esposo sea siempre su sociedad mas dulce, que su morada ordinaria no deje de parecerle amable. Renidle allí lo que las diversiones lícitas tienen de mas agradable y verdadero, lo que las virtudes tienen de mas atractivo y mas sólido, lo que hay ménos fútil en las artes y los talentos.

No basta elegir vuestros placeres, es menester tambien evitar el abuso de ellos. Frecuentemente se desliza uno en el uso de los que son legitimos, aun de aquellos que nacen de la union tan dulce y tan santa que vais á contraer. Para no degradarlos, ennobleced su principio, respetad su fin, sabed respetaros á vos mismo en ellos. Haciéndolos mas puros, los hareis mas constantes; y evitando el exceso, excusaréis el disgusto; cubriéndolos con el velo de la prudencia, no lastimaréis la pureza tan natural en las almas bien nacidas; aumentaréis en el corazon de una esposa siempre casta, el sentimiento amable del pudor, mui léjos de disminuirlo [a];

[a] Tal es el pensamiento de Plutarco. „Guardad con vuestra esposa, dice, la mayor decencia. Pensad en que el lecho conyugal, será para ella una escuela de virtud ó de libertinaje.”

„Evitad las familiaridades poco honestas, dijo por el mismo principio, uno de los sábios de la China; la honestidad que se guarda en el interior de la casa, hace contraer el hábito de guardar fuera de ella una conducta prudente y arreglada.” [Vease, *Cartas Edificantes*, tomo 26 de la antigua edicion.]

alimentaréis en ella pensamientos siempre honestos; la dejaréis necesitada de armas siempre prestas contra los extravios del corazon y los peligros de la seduccion; y vos mismo pondréis las delicias del sentimiento, en vez de los delirios vergonzosos de una pasion desarreglada.

„Enamorado el uno del otro, tiernamente apagados á cuanto nazca de una union tan bella, no temeréis ver que se multipliquen sus frutos, bajo los auspicios de una providencia, que al dároslos se reserva por premio de vuestra confianza hacer que contribuyan á vuestra dicha. No haréis injuria á la sociedad, que garantizando la alianza que celebráis en medio de ella, os pide por retribucion de lo que ha hecho por vosotros, otros vosotros mismos. No ultrajaréis á la religion, al amor y á la naturaleza, ultraje mui crecido entre todos, y para vergüenza de nuestro siglo el mas comun quizá. No correréis el riesgo de carecer algun dia de herederos de vuestro nombre y de vuestras virtudes, por el temor de tener muchos. Seréis verdaderamente felices y siempre dignos de serlo!”

Mr. d'Orval se calló en estas palabras. Tan sábios consejos convenían á su boca; ellos adquieren en ella, por su edad, por su carácter mas venerable todavia, por todas las circunstancias, una fuerza que ningun otro hubiera podido darles; y me atrevo á asegurar que aquellos á quienes los dirigia no los olvidarán jamás.

Cada dia seré testigo de los frutos que producirán para la felicidad de ambos. ¡Ojalá vosotros tambien fueseis testigo de ella! ¡Ojalá los obstáculos que os detienen, pudieran vencerse á satisfaccion de todos, y os permitieran gozar algun tiempo en medio de nosotros de todas las dulzuras de la paz y de todos los atractivos de la amistad!

Os he comunicado, mis queridos hijos, lo que excita los trasportes de mi alegría; como la fuente de ella es comun á vosotros, no he querido separaros en esta carta. En las que siguen me apresuraré á tratar con cada uno de vosotros de lo que

forme en particular el objeto de vuestra justa impaciencia. Adios hijos míos; amaos, amaos por siempre: un amor tan legítimo y tan dulce, si está bien arreglado, puede salvaros en muchos peligros y consolaros en muchos trabajos.

NOTA.

PÁG. 134.

[1] *Habreis dejado disipar su ternura y corromper sus costumbres.* Despues de la carta vigesima nona sobre los espectaculos, nota 14, hemos citado un bello rasgo mui notable que pasó á nuestra vista; cuantos ejemplos semejantes podriamos añadir á este, sobre los que no podria insistirse por demas, y que sobre todo se hacen mas comunes á proporcion que progresa entre ciertas gentes el espíritu de irreligion! Un hombre infatuado con los deplorables sistemas que hoy están en boga entre nosotros, á poco de haberse casado, prohibió á su muger hasta donde estuvo á su alcance toda practica de piedad, ó cuando ménos la molestaba por sus ejercicios de religion; á poco tiempo consiguió que ella los mirase como una institucion arbitraria y un objeto de preocupacion; la empujó á enmedio del mundo mas peligroso, la asoció á veces con las mas malas compañías, para estar mas libre en divertirse hasta en su casa; formaba delante de ella los peores propósitos. ¿Qué resultó de aquí? La jóven esposa olvidó en efecto todo principio y todo pudor; tuvo su sociedad, sus amigos, sus convidados que solo el marido no conocia, y á quien ellos apenas conocian ó le miraban como una persona fastidiosa y mazorrall; ella tuvo sus intrigas que todo el mundo sabia; se hizo objeto de conversacion en toda la ciudad: el escándalo llegó á ser tan público, que por fin el marido mismo llegó á saberlo. La division entró entre los esposos; el odio, los malos tratamientos, la separacion, los procesos vinieron juntos, se revelaron mil horrores: ambos esposos se han perdido y deshonorado. ¡Marido, subid á la fuente! Vuestra esposa tenia religion, y hubiera podido haceros feliz cuando os casasteis con ella: pero le arrebatasteis esta religion y ved aquí de donde vino vuestra propia vergüenza y vuestras desgracias.

CARTA TRIGESIMA QUINTA.

EL MARQUEZ DE VALMONT Á SU HIJO.

Me apresuro, hijo mio, á cumplirte una obligacion. He contraido desde tu nacimiento una deuda (¡y cuán dulce es para mi corazon!), la de ilustrarte y hacerte feliz. ¡Qué no hubiera sido yo bastante libre ó al ménos bastante fiel para satisfacerla mas anticipadamente! ¡Qué obligacion habia tan importante que no pudiese aliarse con ella!

Al deber que la naturaleza y la religion me imponen, añade todavia el proporcionarme los medios de cumplirlo. ¡Qué precioso sacrificio, querido Valmont, acabas de hacer á mis ojos! ¡Cuanto me alientan tus disposiciones! ¡y cuán fácil acceso facilita la preparacion secreta de tu alma al Dios de la verdad! El es, no hay duda en ello, quien sugiriéndote miras tan rectas y ayudando á tu flaqueza, se ha abierto en tu corazon senda tan bella. Ojalá hijo mio, siempre dócil á su voz, correspondas hasta el fin á sus designios sobre tí.

¿Me prometes pues, que al tratar contigo de las pruebas de la religion, no tendré que insistir vanamente sobre esas objeciones fútiles que la mala fé produce, que las pasiones acreditan, que la ignorancia repite, y que un poco de conocimientos y algo mas de buena fé bastan para destruir? ¿Me prometes que no jugarás con las palabras, que no te entretendrás introduciendo locamente incidentes respecto á los hechos, que no te detendrás en dificultades que solo descansan en supuestos falsos, que no combatirás la certeza con las conjeturas, ni lo averiguado con lo incierto, y que limitándote á justificar las pruebas, no tentarás á debilitarlas con presunciones? ¡Qué cerco te trazas! ¡Y qué molestas redes me tiendes á mi mismo! Hay un número infinito de esas objeciones frívolas, que cien veces se han querido repetir, que se han pulverizado cien